

La comunidad de Cursillos

¿Cuántas veces hemos escuchado eso de: “fulanito ya no viene a las ultreyas” o “ya no se le ve el pelo por ningún acto de Cursillos”?

Lo hemos oído muchas veces, demasiadas. Incluso alguna de ellas hemos sido nosotros mismos los que las hemos pronunciado. Pues vamos a poner fin a este soniquete tan particular.

Lo primero de todo es tener claro cuál es la función, la vocación de Cursillos de Cristiandad. Y esa no es otra que anunciar a Jesucristo, proclamar el Evangelio por todo el mundo, intentar que Jesús transforme los corazones ayudado por nuestro método que es el cursillo. Más allá de todo esto, Cursillos es un movimiento que ha nacido de la fuerza del Espíritu Santo con el mismo fin que cualquiera de los carismas de la Iglesia, la santidad. En nuestro cursillo de tres días de duración, se intenta mostrar cuán grande es Dios y cómo nos ama. Pero el cursillo tiene momentos que marcan de alguna manera a las personas que en él participan, y el Espíritu les embarga de tal modo que se encuentran en un estado de absoluta felicidad. Este estado es el punto de partida para que cada uno de nosotros encontremos nuestra propia vocación cristiana. Y aquí es donde llega el momento de decidir.

Todos tenemos un lugar en el que trabajar por el Reino de Dios. Algunos, hemos descubierto, que ese lugar es Cursillos de Cristiandad. Sin embargo, muchos otros, después de haber pasado mucho tiempo en el movimiento, han descubierto lo que Dios quiere de ellos. Por eso, se van, buscando aquello que les permite llegar mejor a Dios, a los demás, y por tanto a la santidad. Y nuestra comunidad de Cursillos ha de ser un buen guía y acompañante para que todos podamos ser felices en el lugar que nos corresponde. No todos estamos llamados a ser miembros de Cursillos, si bien todos los que lo hemos hecho somos cursillistas. Así pues, no nos debe extrañar ni disgustar, que nuestros hermanos marchen de nuestra casa hacia la que les corresponde. Hay una frase muy bella que lo define perfectamente: “Cursillos está hecho para desangrarse”, es decir, nuestro movimiento es una estación de paso, aunque algunos permanezcamos y perseveremos, y aunque sea algo intermitente como tantas veces ocurre por las circunstancias de la vida: enfermedades, los hijos, los estudios, el trabajo, ...

Nos deberíamos alegrar, por tanto, que tantos y tantos cursillistas estén repartidos por lo ancho y largo de la Iglesia, realizando su labor de forma excepcional, colaborando en todo lo que pueden y permitiendo que la Buena Nueva siga llegando a todos los rincones del mundo. Pero todavía, hay hermanos que critican que nos “abandonen”, que se vayan. Hermanos, os digo que no hay mayor dicha que la de unos padres. De ver cómo van creciendo sus hijos y al cabo del tiempo, hechos mayores, deciden irse de casa para vivir su propia vida. Y los padres, aunque entristecidos por la marcha, no pueden reprimir su ilusión por la nueva vida que van a comenzar y les despiden con una sonrisa y con frases de ánimo y buenaventura. Así deberíamos ser en Cursillos, como los padres. Se nos van los hijos, pero debemos estar alegres. Y como los padres, si alguna vez necesitaran nuestra ayuda o volver a nuestra casa, por la razón que sea, les recibimos con los brazos abiertos, pues son nuestra familia y les queremos.

Todo el que ha hecho un cursillo es cursillista. Así lo he comprobado en mis años *de colores*. Conozco personas de Renovación Carismática, la Obra de la Iglesia, Franciscanos, el Camino Neocatecumenal, el Opus Dei, Verbum Dei, ... y un largo etcétera, y personas de parroquia, Cáritas, Manos Unidas, Intermon,... y todos ellos dicen que pertenecen a este o el otro movimiento o carisma, pero también dicen con orgullo en la palabra y en los ojos: “Soy cursillista”. Por tanto, ser cursillista no se borra, no se desapunta nadie de ello. Y saber que nuestros hermanos están dispersos por tantos lugares de la Iglesia es precioso. Son kerygmáticos, son de ultreyas, son *de colores*. Y no lo van a olvidar jamás. Si algo debemos hacer los que nos consideramos cursillistas es amar a todos por igual, abrazarles cuando les veamos, sonreírles en todo momento, e invitarles a todo cuanto nuestro movimiento organiza para la formación, piedad y celebración. Cada una de nuestras actividades debe ser considerada como un ofrecimiento a todos los cursillistas, sin excepción, desde el que acaba de salir del último celebrado, hasta aquel que hizo su cursillo hace 40 años y sigue viviendo en cristiano. Muchas veces nos rechazaran la invitación, a veces por pereza y otras por compromisos. Pero siempre debemos seguir contando con ellos, igual que el Señor cuenta con nosotros. Son nuestra familia.

Y si hay algo que siempre ha caracterizado a Cursillos de Sigüenza-Guadalajara es el trato familiar. Nos apoyamos en las adversidades, gozamos con las buenas noticias y compartimos nuestros sentimientos e inquietudes. Y así debe seguir siendo Cursillos de Cristiandad, la gran familia cristiana que siempre ha sido, es y será. No tengáis reparos en acercaros a aquellos cursillistas que conozcáis, e invitarles a lo que hacemos.

Quizá no puedan, porque su vocación ya les tenga muy ocupados, quizá se encuentren despistados de la vida de fe y sea el momento idóneo para acompañarles de nuevo en su caminar. Y otros dirán que sí claramente. No importa, el cursillista no desaprovecha la ocasión para ofrecer a los demás aquello que considera bueno y digno de compartir, ya sea un rato de oración, una clausura, una ultreya, una excursión.

Cuando veas a un cursillista dile: “amigo, hermano, *Cristo sigue contando contigo*” y te contestará (a veces desde lo más profundo del alma, de un modo silencioso) “y yo con su *Gracia*”

Cursillos está muy vivo, el Señor nos necesita, dad un SI fuerte y rotundo, estad siempre alegres y con el corazón dispuesto. *Cristo y yo, mayoría aplastante.*

De colores, familia